

rio Romano —pagano en un principio, combativo y perseguidor con Decio y Diocleciano, y finalmente cristiano desde Constantino y Teodosio— aparecen así como paradigma de todas las situaciones futuras entre la Iglesia y el Estado. Y es precisamente en el confrontarse con esas distintas tipologías políticas donde la Iglesia alcanza, con el tiempo, la conciencia de la situación que le corresponde en relación con el Estado.

Cierran estas páginas unas observaciones conclusivas del A. en las que formula dos principios. Desde sus comienzos, la Iglesia ha reconocido en el Estado una forma de convivencia social que tiene su origen último en Dios, y sobre esa base ha tratado de establecer relaciones de mutua colaboración. El segundo principio es el que enunciara Ambrosio con estas palabras: «Nos trae mayor felicidad la persecución de los emperadores que su favor» (p. 297).

Este suplemento a los Manuales de Amateca ofrece un buen instrumento de consulta que prestará servicios inestimables para el conocimiento de la historia de las relaciones de la Iglesia con el Imperio Romano en sus fases sucesivas, como también de la reflexión y doctrinas patrísticas elaboradas en ese amplio arco de tiempo.

Rodrigo Muñoz

## SAGRADA ESCRITURA

Josep A. GRIMALT, *La figura de Judes a la literatura. Notes per a un estudi sobre hipertextualitat*, Pastoral Universitària, Palma de Mallorca 2004, 93 pp., 11 x 18, ISBN 84-609-1225-6.

La Biblia interesa a los estudiosos de la literatura como fenómeno cultural de

primer orden. No sólo como obra literaria, ni sólo como jardín de referencias de la cultura occidental. Sobre todo, interesa como un libro que, sean cuales sean las formas y los géneros literarios que adopte, tiene una pretensión de verdad. Por otra parte, la Biblia gana con el acercamiento de los estudiosos de la literatura. El crítico literario, en general, tiene algo de detective: ha leído y comparado muchos libros y descubre trazos, rastros, de significado que muchas veces escapan al lector corriente. Grimalt muestra en estas páginas que es un buen lector: sabe ver en los textos evangélicos los rastros enigmáticos de la figura de Judas Iscariote, y rastrea sus efectos en algunas novelas de la literatura occidental.

El libro, breve, se divide en cinco capítulos. El primero es una presentación muy sucinta, y la misma parquedad, apenas dos páginas cada uno, tienen los dos últimos, que funcionan como conclusión. Los capítulos segundo y tercero constituyen pues el cuerpo del trabajo. El primero de ellos se titula «*Quèstions prèvies*» y se dedica a presentar algunas nociones de teoría literaria —la intertextualidad y algunas de sus formas— y el modo con que se entienden los evangelios en la actualidad, tras dos siglos de crítica histórica. Las doce páginas de este capítulo muestran que el A. se mueve a gusto en el ámbito de la crítica literaria —aunque es verdad que se centra en las nociones comunes al formalismo francés, cuando las metodologías de la Estética de la recepción también podrían haber resultado bastante provechosas—, y con prudencia en las de crítica bíblica.

El capítulo tercero «Judes, personatge» constituye, en la práctica, el objeto del trabajo; de hecho, ocupa la mitad del libro. El autor examina el trata-

miento de Judas en las Vidas de Jesús de finales del siglo XIX y de la primera mitad del siglo XX, y después pasa a siete novelas modernas. Muestra cómo las Vidas de Jesús siguen en general una tónica moralizante a la hora de exponer las causas de la traición. En cambio, los creadores literarios —M. Pagnol, N. Kazantzakis, P. Claudel, J.L. Borges, etc.— se orientan más bien a la construcción del personaje literario, buscan el segundo plano, donde la traición no se sigue de que Judas fuera un ladrón, sino que bucea en la interioridad de la persona para encontrar una motivación más profunda. Ciertamente, la imaginación de los creadores literarios, que por esencia presentan la ficción, lo que pudo haber sido, no lo que realmente fue, no va a dar a nuestro conocimiento la última palabra. Pero el mismo Catecismo de la Iglesia Católica (n. 599) no habla sólo de un pecado de avaricia en la traición. Recuerda que «la muerte violenta de Jesús no fue fruto del azar en una desgraciada constelación de circunstancias. Pertenece al misterio del designio de Dios, como lo explica S. Pedro a los judíos de Jerusalén ya en su primer discurso de Pentecostés: “fue entregado según el determinado designio y previo conocimiento de Dios” (Hch 2,23). Este lenguaje bíblico no significa que los que han “entregado a Jesús” (Hch 3,13) fuesen solamente ejecutores pasivos de un drama escrito de antemano por Dios».

La expresiones del Catecismo tienen su fundamento, entre otras muchas cosas, en que lo que nosotros traducimos muchas veces por «el traidor», en el griego original es «ho paradidous», el que lo entregó. En el lenguaje del Nuevo Testamento, es Dios quien entrega a su Hijo, es el mismo Cristo quien se entrega por nuestra salvación y es Judas quien lo entrega —lo traiciona, pues la

palabra tiene ese doble sentido— a quienes lo llevaron a la muerte. El texto del Catecismo que hemos copiado —y los números siguientes— muestra la prudencia de la doctrina de la Iglesia al tratar de los temas. Una prudencia de la que también hace gala Grimalt, frente a la despreocupación y a la inconsistencia en que se mueven otros autores.

Vicente Balaguer

Jean LAPORTE, *Les apocalypses et la formation des idées chrétiennes*, Les éditions du Cerf («Initiations aux pères de l'Église»), Paris 2005, 125 pp., 15 x 21, ISBN 2-204-07536-1.

J. Laporte, conocido por sus publicaciones sobre los Santos Padres y Flavio Josefo en la misma editorial du Cerf, presenta en este pequeño libro el valor de los Apocalipsis. Comienza con la *Ascensión de Isaías* (s. II d.C.) calificando con razón la parte cristiana de esta obra como «una forma primitiva del Credo cristiano», ya que en ella aparecen las tres Personas de la Trinidad, la Encarnación y la bajada de Cristo a los infiernos. Después desarrolla los conceptos de Reino de Dios y de Mesías (caps. II y III), mostrando de forma resumida lo que sobre tales conceptos se encuentra en los profetas del AT y en los Apocalipsis judíos. El A. hace un resumen de la obra de R.H. Charles, *Eschatology. The Doctrine of a future Life in Israel, Judaism and Christianity*, publicada en 1899 y reeditada por Schocken Books, New York 1963. A continuación presenta diversos datos de esos mismos Apocalipsis sobre «los cielos y los infiernos» (cap. IV) y pasajes de San Pablo y de los mismos Apocalipsis judíos sobre «la resurrección y la vida eterna» (cap. V). Siguiendo a Charles destaca que es hacia el año 100 a.C.